

PÁGINA PARA NIÑOS



La mancha de tinta en la nariz resultó ser el cuerpo extraviado de una pulguita

Y por donde el animalito ha salido una contable estupenda que suma y opera admirablemente

Estaba yo sentado en la mesa, cuando, y de pronto mi mujer, fijándose en mi cara, dice:

Tienes una mancha de tinta en la nariz

A marcha, efectivamente, empezo a picarme. Cada vez se mostraba más insolente y afanosa en mi toruación.

Me rascaba y esto aumentaba mi picor. Alto de la silla enfurecido, y advierte inmediatamente la causa de mi molestia. Era una pulguita.

Desde aquel momento, el animalito se comportó. Cés en mi martirio.

Miren ustedes por donde, queriditos amigos, me he hecho un gran amigo del insecto.

La quiero, sí, lo digo con franqueza. La mimo, la cuido bien y sobre todo, me preocupo mucho de su alimentación. ¡No podéis imaginaros!

Es un animalito inteligente. Medita y piensa las cosas con buen orden.

Cuando llego a casa, la pulguita acude a buscarme. Duerme conmigo en la cama. No me separa de ella, mientras estoy dentro de casa. Es una patafria, estoy satisfechísimo de tenerla. Para mí ha sido una feliz adquisición.

El otro día estaba yo escribiendo un cuentecito para los niños, y viro a ponerse en la mesa, cerca de mí, y olvidado decirlos antes, que a la pulguita le dimos nombre. Le pusimos Lili. Y mis chicos, supieron, con el perro y el gato, hacerme pasar un buen rato.

Y nosotros nos vamos de viaje. Yo aquí el conflicto. ¿Dónde dejamos a este animalito? La cocina del hotel donde nos alojaremos no le va bien a ella. ¿Qué hacer? Si alguno de nuestros lectores, quisiera tomarla de pupila durante nuestra ausencia.

Ortiz de Daniel

La rotura de un espejo es síntoma de mal agüero

Y por eso las mujeres huyen de provocar el contratiempo



La rotura de un espejo, anuncia, inevitablemente un disgusto. Será una fatal coincidencia, pero es lo cierto.

Las mujeres tienen puesto en el espejo todas sus ilusiones. El, no les engaña nunca. Podrá el novio faltar, no acudir puntual. El espejo, no falla. Es exacto.

Preguntad a un mozo de mudanzas.

—Qué encarguito os han recomendado?

—Cuidado con los espejos. Mucho cuidado.

Y los hombres, conocedores del valor que tiene el espejo, lo cuidan, lo atienden, lo llevan siempre de can-

to, porque una avería, sería el catáclismo.

El espejo es el aliado fiel de toda muchachita. No exíganle que la pérdida de él represente una tragedia.

Por eso precisamente, se le tiene a lugares preferentes, bien ajeno a sufrir tortuosos contratiempos.

Un espejo que cae a tierra y se hace mil trozos, advierte una rencilla entre las familias. Si la rotura fué parcial, un parente lejano perderá la amistad con vosotros.

La rotura de un espejo, por todos conceptos, siempre es un síntoma de mal agüero. Cuidad los espejos, evitar su rotura si queréis vivir libres de sufrir cualquier contratiempo.

El abuelito gustaba de iniciar al nieto en buenos principios y enseñanzas

Le hacia madrugar y desde la cama dialogaba un rato con el pequeño.

Todos los abuelitos, generalmente, quieren mucho a sus nietos. Son los hijos de sus hijos, y por tanto, el cariño que en éstos pusieron, se acrecienta otra vez y les hace vivir horas felices, de recuerdos, de afectos, de tiempos pasados, porque, ay! ya la vejez ha puesto en ellos la huella del tiempo consumido.

Manolito, tenía un abuelo muy simpático. Hombre educado en las milicias americanas, había vivido mucho y conocía la vida en todas sus posiciones.

Los caprichos del abuelito de Manolo, no eran exigentes. A lo sumo, hacerlo madrugar. Y esto era bien poco. En estos madrugones, enseñaba al pequeño muchas cosas y iba inculcándole ideas morales.

Pensaba el anciano en la facilidad con que los pequeños, en las primeras horas de la mañana, cuando el sol comienza a quebrarse sobre los cristales de la alcoba, reciben y retienen las enseñanzas que se les da.

A esa hora, ligera y fresca, cuando la imaginación es rápida y está apta para impresionar, quería el abuelito inculcar al muchacho sus sabidurías.

Muy dormilón era Manolito. Su habitación estaba contigua a la del viejo. Una ventana de cristales, servía para acercar más la voz entre las dos estancias.

Entraba el sol en el dormitorio. Las siestas habían sonado en el reloj del comedor. Despierta el abuelo y pone su oído vigilante. El chico duerme. Vamos a dialogar un ratito. Y enseguida empezaba:

—Manuel! —La borriquita se me ha muerto!...

—A buena hora, grandísimo petete, por no decir, si Dios quiere.

Y así, con esta última respuesta, Manolito, daba gusto al abuelo en sus caprichos, y volvía otra vez a pegar su cabeza sobre la almohada y a dormir.

—Pero como el sueño todavía le ven-

cía. Manuel continuaba durmiendo. Así, repetía, una y cinco veces, la misma exclamación, y ya, al fin, de tanta insistencia, lograba el ser respondido.

—Manuel! —dijo por última vez. Oyó moverse el colchón, quejarse el somier. Había despertado. Y ahora, convencido, comenzaba el diálogo:

—Manuel! Levántate y serás bueno.

—Más vale ser malo y me quedo.—respondió el pequeño.

—Mira que uno que madrugó, un boho de dinero se encontró.

Más madrugó el que se le perdió.

Pero, como el abuelo era incansable, proseguía con sus palabras para que el diálogo no se cortara.

Ahora decía:

—Manuel! Al molino con la borriquita voy mañana.

—Pero di, si Dios quiere.

—Quiera Dios o no quiera, al molino voy con la borriquita mañana.

Había una pausa conveniente y Manolito aguardaba impaciente a que el abuelo siguiera, para soltarle con todo el coraje de su muchío sueño, la respuesta que el viejo había de pedir.

Y claro, no se hacia esperar. A los pocos minutos la voz del anciano, sonaba para dirigirse lastimero al nieto.

—Manuel! —La borriquita se me ha muerto!...

—A buena hora, grandísimo petete,

por no decir, si Dios quiere.

Y así, con esta última respuesta, Manolito, daba gusto al abuelo en sus caprichos, y volvía otra vez a pegar su cabeza sobre la almohada y a dormir.

—Pero como el sueño todavía le ven-

CHISTES

Un niño de cinco años, viaja en el tren y va asomado a la ventanilla, contemplando el paisaje.

El papá lo ve tan distraído y tan

Cuando en el tranvía no hay asiento



El artista de circo sabe colgarse del salvamanos y leer tranquilamente el periódico, ante la stupefacción de los viajeros.

La infatigable hormiguita no admite la admiración del gigante camello

Y todavía le insulta porque no trabaja para él mismo

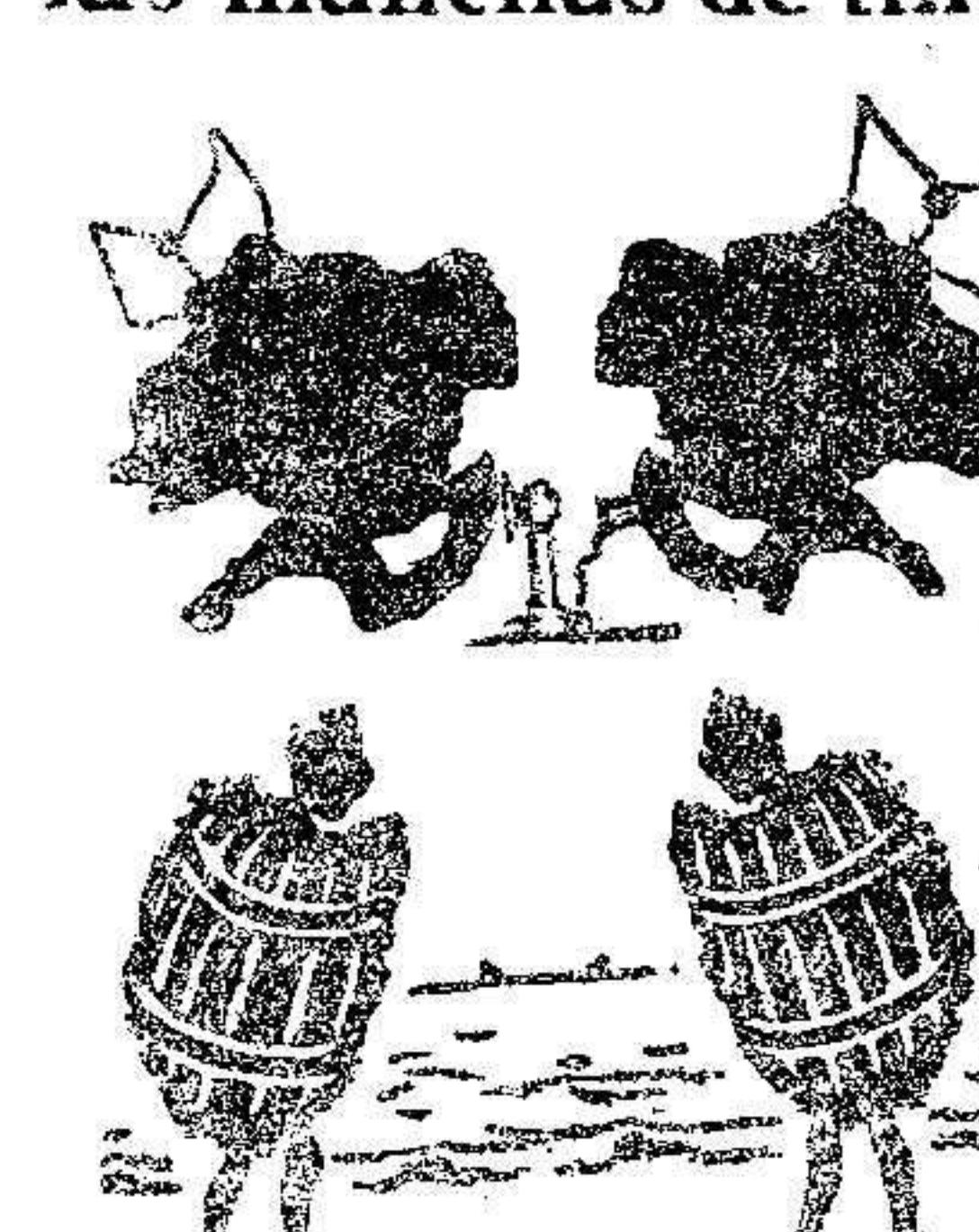
Caminaba lenta y perezosamente por un camino africano un pobre camello. Llevaba su carga a cuestas y sumiso y obediente, sin detenerse y replicar prosegüía su ruta.

Por el mismo camino, cercano al camello, las hormigas habían abierto una senda prolongada e interminable. El camello las miraba y se reía y se gozaba adelante.

Pero de pronto, una hormiga llamó su atención. El camello la vio y se detiene. Queda contemplándola lleno de admiración. La hormiga carga un grano de trigo. Está luchando por llevarlo adelante y no puede con el peso. El grano es cuatro veces mayor que la pobrecita.

El camello, al fin, se compadece de ella y no oculta el manifestar su pensamiento y dirigiéndose a la hormiga, le dice:

Ya veis lo que sale de las manchas de tinta



Comieron en su mesa y al llegar a los postres, no reparó en que faltaban los puros. Pero como Domingo, los estancos estaban cerrados, y después, ni con mucho, los encontraría del valor que él quería.

Así las cosas, se le ocurrió ir al cajón de su mesa y sacar la caja, segurada. Umbraron los invitados y fumó él. El tabaco, días después, se había quemado.

Acudió a la Compañía de Seguros, con la caja y en su interior las puntas de los cigarrillos. La Compañía se rió de la reclamación, y al Juzgado, y le dieron la razón, pero la Compañía entonces, le acusó de haber prendido fuego intencionadamente a los cigarrillos y se le condenó a quince días de cárcel.

Bastará los movimientos para poner el reloj en marcha

Se venía hablando mucho de las novedades que todos los días ofrecen el progreso. La multitud está ya aturdida de este progreso de evolución y llega a mirarlo con indiferencia.

Pero he aquí que entre dos amigos surge la novedad. Hablan del último adelanto, de la última invención. Si, se trata de un reloj, al cual, no hay que darle cuerda. Se da él así mismo. Maravilla mayor, ya no cabe, verdad?

—Pues bien, estos dos amigos están dialogando y comentando el hecho, y el uno, lleno de afán explicativo, le dice al otro, las ventajas del nuevo relojito.

—Por los sencillos movimientos que durante el día hagas; quitarle el sombrero, dar la mano a una persona, firmar un cheque, bastará para acumular energías al reloj y que la cuerda se reponga. Te conviene comprarlo, es una cosa muy útil y sobre todo, para hacer un regalo a alguna persona a quien estimes.

—No puedo regalarlo a la persona que pienso.

—Perdón, hombre? Anda, cómpralo.

—No, no, porque esa persona es paralítica.

—Pues, entonces, con ellas no anda el reloj.

Un día tuvo invitados, personas influyentes, de posición social, elevada,

serieco y se rellena de vanidad. Su hijo es un talento.

Juanito ha perdido la noción de que tiene al lado a su papá y este le pregunta:

—Te diviertes, hijo mío?

—Como si tuvieras un libro de estampas pero sin necesidad de tener que volver las hojas.

Está dando la lección de geografía Pepito. Su profesor le induce a que busque en el mapa el gran Océano. Pepito no lo encuentra y el profesor, queriendo ayudar, se atreve a poner su dedo sobre el mar que se busca, y le interroga al chico:

—¿Y esto qué es?

—Una uña sucia, señor profesor.

—Cuánto pide usted por este bulto de Dantón?

—Cien pesetas.

—Oiga usted, la cabeza está pegada de mayo.

—Naturalmente, ¿no vé usted que muere en la guillotina?

Estaba el Tribunal viendo la causa contra un ladrón. El Presidente, finalizada ya la vista, y antes de retirarse para dictar sentencia, le dice al ladrón:

—Tiene usted que añadir algo más antes de retirarnos para redactar la sentencia?

—Sí, señor. Protesto, de haber sido identificado por un hombre que durante toda su vida ha tenido escondida su cabeza entre las sábanas.

